

NARRACION

Los picarones de la política

- Satíricas y costumbristas páginas reviven pintorescas escenas de los tiempos de Diego Portales
- Desde recetas de la cocina típica chilena a sospechosas conspiraciones de pipiols y pelucones

"La negra Rosalía", por Justo Abel Rosales. Biblioteca Popular Nascimento, Santiago, 1978. 418 pp.

Vestida siempre con trajes de atractivos colores y con una boca de gruesos labios que no paraba de decir las más divertidas cosas, la muy famosa negra Rosalía fue uno de los personajes de mayor renombre popular en la nada apacible década chilena de 1830. Alegre y trabajadora, cautivante y parlanchina, obesa y llena de garbo. Se hizo amar y querer y respetar por los más destacados ciudadanos de la vida militar-social-política de aquellos tiempos, tiempos de aparente dulce gracia como de agrias recriminaciones: "los liberales en el poder y los conservadores en la oposición. Gritos y maldiciones se oían por todas partes".

El mismísimo Ministro Portales —"mi amito", le decía la negra— frecuentaba su

PLAZA DE ARMAS SEGUN GAY
En la época de la Negra Rosalía

casa, elogiaba el arte de su mano y celebraba ceremoniosamente su buen gusto. Ella, a su vez, agradecía sirviéndole un plato de picarones en miel o un jarro de fervoroso ponche en aguardiente, que éstas eran sus especialidades y negocios: "mis picarones son los mismos diablos y por eso entran a todas las bocas y pasan por todas las gargantas y se paladean por todas las lenguas y pasan suavísimamente por entrepecho y espalda".

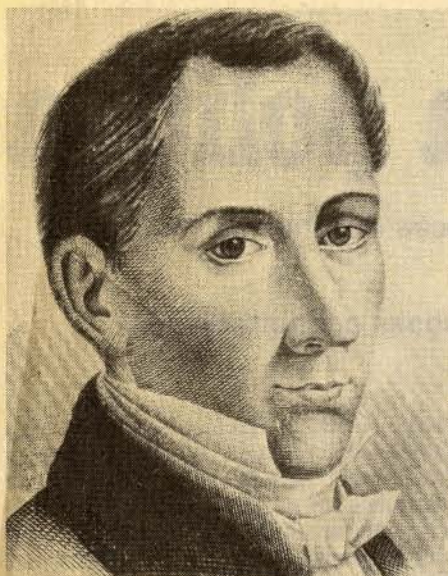
Ni cuento ni novela, a pesar de tener los argumentos y materiales de uno u otra, *La negra Rosalía*, llamada también *El club de los picarones*, del autor chileno de la segunda mitad del siglo pasado Justo Abel Rosales (1855-1896), es más que un centenar de amenas páginas que relatan curiosos sucesos de realistas connotaciones humanas e históricas. Escritura bien representativa de la época en un estilo magazi-

nisco medio narración, medio costumbrista, medio folletín. Llama a interés por el trasfondo de nombres y lugares que se describen en un Santiago que, geográficamente, se enmarca entre los tajamares del Mapocho, el cerro Santa Lucía y el correo viejo de la calle de Santo Domingo con la atravesada de los Teatinos.

Pipiols y pelucones

Tanta fama llegaron a tener los dulces y ponches de la negra Rosalía (un vaso grande llamado *granadero* valía un real, y una copa de mistela —*señorita*—, seis cobres: "tal era la baratura entonces de los licores") que su casa-negocio se convirtió, de la noche a la mañana, en un frecuente lugar de secretas reuniones y de sospechosas personalidades. Allí deliberaban los pipiols, "esos futres que no tienen ni en qué caerse muertos y andan





DIEGO PORTALES
Asiduo de los picarones

metidos en política". Conspiraban los pelucones: "si ese bárbaro subiera al poder, mandaría como emperador tunante, dando palos y dando carcajadas".

La estrategia de la próxima revuelta dependía la más de las veces del sigilo y astucia entre platos, conversaciones y copas. Manuel Rengifo, el general Joaquín Prieto, don Diego Portales y otros conspicuos hombres públicos llegaban camuflados de barbas postizas, sombreros alones y mantas campesinas. Ni la policía secreta, sentada casi en la misma mesa, podía reconocerlos. Los conservadores querían destruir a balazos la constitución liberal de 1828 y de igual manera querían conservarla los liberales. "Ahora en Chile todo el mundo está mezclado en política, ricos y pobres", explicaba a sus parroquianos la negra Rosalía. "Tanto da que se junten en una pieza como en otra, porque de todas maneras hablarán de política: ¡Vivan los picarones, muera la política!"

La capital de la República vivía aún sus inseguros años de vida institucional. Los gobiernos iban y venían de Pinto a Prieto, de Bulnes a Montt. Y la negra muy en su casa oyendo todo y sabiendo todo. Su atracción hacía abrir puertas, y no había corazones endurecidos ni ordenanza militar que se le opusiera "porque yo fui la amiga íntima de los chilenos en el Perú, a quienes di picarones y hasta dinero".

Su prestancia fue tal que hasta el coronel Francisco Antonio Pinto la recibía en su Palacio de Gobierno cuando la negra Rosalía llegaba con una fuente de picarones.

El personaje de estas narraciones efectivamente existió, y aunque había nacido en territorio chileno, en algún puerto nortino, llegó desde Lima con el Ejército que en 1823 regresaba a Chile después de contribuir a consolidar la Independencia del

Perú. Los soldados venidos con ella fueron sus primeros y más constantes huéspedes.

El autor de esta obra reconstruye una época que él tampoco vivió pero que investigó, de historieta en historieta, hasta el extremo de ser casi uno de sus protagonistas. La publicación de *La negra Rosalía*, escrita alrededor de 1889, saca del olvido a un desconocido y olvidado escritor que vivió pobre y murió más pobre en un asilo de hospital cuando apenas pasaba de los cuarenta años. Quillotano de nacimiento, voluntario del batallón Aconcagua en la guerra del Pacífico, escribiendo en tribunales de justicia, ayudante en la Biblioteca Nacional, balmacedista hasta los huesos, y periodista que hizo de las noches días en el alcohol y la bohemia.

Libro chilénísimo, no deja fuera de texto nada de aquellos anecdóticos episodios que sobreabundaron en el cotidiano vivir de públicos y anónimos personajes. La cursilería de una época es mero antecedente de lenguaje. Acaso estas páginas definen la idiosincrasia de un pueblo y de los habitantes de un país. Desde las excelentes lecciones de la cocina criolla (el valdiviano de charqui, el guiso de mote y

el pastel de maíz) hasta los satíricos versos del educacionalista José Joaquín de Mora que las emprende contra el gobierno de José Tomás Ovalle y su Ministro Diego Portales ("El uno es barbilampiño / Pero el otro es Mustafá / El uno se llama Diego / Y el otro José Tomás").

Importa aquí la sátira (tan en boga en los periódicos de entonces), el humorismo, la picaresca, el tono costumbrista a lo Jota-beche o a lo Pedro Ruiz Aldea, o, más próximo, a lo Vicuña Mackenna; la escena diaria que retrata folletinescamente la habilidad y debilidad del hombre chileno. Revolucionarios, conspiradores, bandidos, adivinos ("Este brujo está hablando disparates", dice Portales cuando un aprendiz presagia el fin de su carrera pública a través del vidrio de una botella); endemoniados, en fin, toda una gama de prototípicos personajes que no pierden su tradición popular y sus refranes.

La negra Rosalía desapareció tan inesperadamente como apareció. Pero su historia, de más de cien años, revive un período importante de Chile que bien vale un plato de picarones recordar.

Jaime Quezada ■

POESIA JOVEN

Encuentro de talleres

Con planteamientos teóricos que echan por tierra a los llamados ídolos sagrados de la poesía chilena e hispanoamericana, y con poemas que hablan de la Polla-Gol y de los bienes de la sociedad de consumo, de la música pop y de los rounds de Martín Vargas ("Resucítate, Martín, resucítate"), tres grupos de jóvenes poetas —*Oreja*, *Oruga*, *Polifemo*— participaron recientemente en un encuentro de talleres en el Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura.

Voces jóvenes, y muy jóvenes, dejaron al descubierto sus textos y sensibilidades. Estudiantes todos de las diferentes escuelas de la U. de Chile e integrantes de la llamada Rama Literaria de la Agrupación Cultural Universitaria (ACU). Se reúne sin más asesoría que sus propios afanes de comunicación. Creen tener la primera o la última palabra, pero siempre en una apertura al conocimiento y al contagio creador.

Llevar la poesía a la calle y al hombre común, intenta el taller *Oreja* (Mariela Becerra, Juana Atala, Judith Cuevas, María Isabel Rivera), integrado tan sólo por jóvenes mujeres. *Oruga* (Domingo Lara, Catalina

Ruiz, Rosamel Benavides, Alma Herrera, "las carcajadas sonoras son todas disimuladas"), postula a una sencillez poética sin complicaciones teóricas y sin otro mensaje que la claridad: "No se trata de hacer poesía nueva porque sí. Nuestra poesía surge como respuesta a un nuevo momento y a un molde también nuevo".

El taller *Polifemo* —"estamos acosados por permanentes estacas"— las emprende, en cambio, contra ciertas estructuras preestablecidas: el paseo Ahumada, el Metro, la ciudad. Es el más definido, audaz y original de los tres. Jaime Lizama, Alfonso Sanhueza, Luis Tirso, manifiestan su desesperado vivir y desvivir en medio de un mundo que es para ellos su situación vital, y social: "nuestro lenguaje es en ese sentido carente de todo academicismo. Aspiramos a un modo de poesía que sea entendida por todos".

Sin embargo, más de un joven asistente puso en duda textos y postulados y expresó con franqueza su disconformidad: "esta poesía no me parece ni creación personal ni original: yo creo que hay que combatir el exceso". Acaso tenga más que algo de razón, como también la tiene el profesor Rodolfo Rojo, organizador de este discutido encuentro: "No tenemos por qué pedirle a los jóvenes poetas un canon. Su poesía es un intento y un problema de época. Hay aquí distintas sensibilidades que tienen sus distintas gradaciones".

En todo caso, la reunión dejó en evidencia el fermento poético de esta hora. Al menos, en lectura y diálogo, fue una labor de taller cara al público. La palabra poética, si es verdadera, tendrá su tiempo. ■